

Finalmente, estábamos abajo de la mesa.

Milton me miró y me dijo una mentira. Milton es mitómano. Se fue corriendo del lugar en el que estábamos. Cuando salió, pude ver lo que había más allá. Una alfombra muy raída y las patas de un sofá destartalado. Recordé la mentira que él me había dicho, algo así como que la había pasado muy bien de vacaciones con mi familia.

Así que Milton se fue corriendo de nuestro lugar sin que yo pudiera reaccionar en absoluto, justo después de decirme esa mentira. Su reacción me tomó por sorpresa; no pude preverla. Salí de nuestro escondite, esa mesa desencolada. Recién entonces pude ver los objetos en su totalidad, no ya solo las partes inferiores de cada uno —aunque de la alfombra muy raída pude ver siempre la totalidad; es una alfombra y, por tanto, es chata. Por decirlo de alguna manera, recién entonces tuve una visión panorámica de la sala en la que nos encontrábamos. Milton había ido corriendo hasta el sofá

destartalado y se había trepado a uno de los apoyabrazos, desde donde me miraba. Con esfuerzo, me puse de pie. Soy un chico bastante obeso para la edad que tengo, con algunas estrías en los costados de mi cuerpo, en lo que banalmente llaman *salvavidas*. Evito meterme a la pileta y usar pantalones cortos. En verano, claro, sufro mucho el calor. Milton es más bien ágil, flaco y fibroso. Por eso pudo correr desde nuestro escondite hasta el apoyabrazos del sofá destartalado. No había sillas. De repente, todo empezó a girar. Lo único que se mantuvo estático fue la mirada de Milton, penetrando cada una de mis extremidades, flácidas. Creo que me mareé y caí al suelo. Cuando todo se aquietó nuevamente, estábamos en el campo de mi abuelo, en aquellas vacaciones en las que mi familia, a mi pesar, había invitado a Milton.

Estábamos, entonces, en el campo de mi abuelo. Los muebles también se habían trasladado con nosotros, así que sobre el césped del campo se habían depositado el sofá destartado, la alfombra muy raída y la mesa descolada sin sillas. Milton seguía sobre el sofá. Pero, inmediatamente, nos despertamos juntos en mi habitación del campo. Claro que la habitación estaba dentro de la casa, construida dentro del perímetro del campo de mi abuelo. Pasé a olvidar los muebles.

En algún momento nos debimos haber levantado, porque pude reaccionar y salir del sueño y la pesadez. Estábamos ya en la mesa, con mi madre trayéndonos el desayuno por partes, y mi abuela, en la cocina, preguntando cómo habíamos dormido mientras terminaba de revolver la leche chocolatada en las tazas. Ambos respondimos que muy bien, solo que yo no lo sentía así. Quizás Milton sí. Por fortuna, dormíamos en camas separadas.

Milton quiso ir a jugar enseguida, pero yo no pude mover mi cuerpo hasta dos horas después de desayunar. Mejor dicho, pude moverlo tan solo para ir a desparramarlo de nuevo bajo la galería. Todo el rato, Milton estuvo parado al lado mío, moviéndose, impaciente, tratando de sacudirme con la punta del pie. Intuí un poco de asco en su tentativa.

Supongo que me dormí en algún momento, en alguno de todos los minutos que pasé tirado en la galería. El sopor era demasiado fuerte; la mínima

brisa que podía llegar a correr en aquel campo solo llegaba a rozarme los pies, sin llegar hasta mi cara. El suelo de ladrillos se mojó un poco a mi alrededor por el sudor que emanaba de mi cuerpo desparramado. Supe que me había dormido cuando de repente me parecieron demasiado lejanos los recuerdos del desayuno. La voz de mi madre sonaba distante. También lo supe cuando descubrí que Milton ya no estaba a mi lado, sino que se había perdido en la espesura de la luz del sol que calentaba la tierra reseca del verano, quizás había ido a molestar a los teros, a hacerlos volar pensando en lo divertido que resultan los gritos de *tero-tero*, o pretendiendo que sea tan divertido como para que las vacaciones en el campo valgan la pena. En fin, casi agradecí que no me hubiera despertado.

Desde mi posición horizontal divisé a mi abuelo arrancando malezas cerca de lo que vendría a ser la pileta, que estaba abandonada y con el agua en exceso vercosa. Una lástima, aunque, como dije antes, evito meterme a la pileta. De todas formas, me consolé pensando que tampoco Milton podría disfrutarla. Estaba, entonces, mi abuelo arrancando malezas, de espaldas a mí, medio inclinado hacia adelante. No creo que me viera ahí tirado, el ángulo le resultaba un poco cerrado desde donde estaba, y mi abuelo tampoco veía mucho en ese entonces. Ahora, con la tierra que lo cubre, ve aún menos.

El pedazo de cielo que no quedaba tapado por el

techo de la galería me permitía ver algunos pájaros volando en círculo y ni una sola nube. Deseé que lloviera, pero los dioses no te conceden ni siquiera eso. Enseguida me arrepentí: hubiera sido más problemático tener que estar encerrados dentro de la casa.

Me pregunté dónde podían estar mis padres. A mi madre la había visto en el desayuno, pero de mi padre no tenía noticias desde la noche anterior. La madre de Milton no llamaba desde hacía tres días. La explicación fue, lo supe luego, que mi abuela había sacado la línea telefónica con el argumento de que *no hacía falta*. Nos enteramos cuando llegó una carta desesperada de la madre de Milton. Nunca supimos de dónde había sacado la dirección. Ni tampoco cómo el cartero había encontrado la casa.